

Primer anuncio y conversión

Conversos del siglo XX¹



Juan Luis Lorda Iñarra
Universidad de Navarra

1. Introducción
 - La importancia de los testimonios intelectuales de conversión
 - Unas observaciones previas bastante obvias
2. Panorámica general antes del Concilio Vaticano II
 - 1) La veta francesa
 - 2) La veta anglosajona
 - 3) La veta germánica
 - 4) La veta hispánica
 - 5) Otras vetas
3. Situación posconciliar: una nueva generación
4. Análisis y conclusiones
 - Análisis
 - Conclusión: La luz en las tinieblas
5. Bibliografía
 - Con carácter general
 - Algunos testimonios autobiográficos

1 Este escrito procede de una conferencia publicada en *Diálogos de Teología*, V, Edicep, Valencia 2003, 31-54. Ha sido completada y puesta al día.

1. INTRODUCCIÓN

La importancia de los testimonios intelectuales de conversión

La fe cristiana, desde el principio, ha suscitado conversiones a su alrededor. Porque se anuncia como una llamada a la conversión continua (“convertíos y creed en el Evangelio” Mc 1,15). Por eso son muchos los casos de conversiones. De la mayoría no nos queda testimonio o sólo un testimonio genérico. En parte, por el comprensible pudor con que estas cosas se tratan. En parte también por la dificultad de poner por escrito un itinerario interior tan delicado: que exige percibir a cada paso lo que sucede y conservarlo con claridad en la memoria.

Desde el punto de vista de la evangelización, nos señala prioridades y nos sugiere formas de ofrecer el mensaje. Y siempre nos recuerdan la absoluta primacía de la gracia de Dios.

Pero algunas veces nos encontramos con casos de intelectuales que han vivido conscientemente su conversión como un proceso y son capaces de relatar sus etapas. No es que estas conversiones sean, en sí mismas, más perfectas, más valiosas o más auténticas que otras menos conocidas o que no han dejado huella literaria. No se pueden establecer tales baremos en estas experiencias. Se trata simplemente de que, al haber sido expresadas, se prestan al análisis. Y éste tiene un alto interés, tanto para la teología, que piensa el mensaje cristiano en sus implicaciones intelectuales, como para la evangelización, que trata de difundirlo y hacer que llegue a los corazones de los hombres.

De una manera semejante a lo que sucede con los experimentos cruciales en el ámbito de una ciencia, con estos testimonios podemos acceder a estratos del espíritu humano y de la vida cristiana, que, en las circunstancias normales, no se nos muestran. La conversión afecta a muchas dimensiones del ser humano: Desde el punto de vista antropológico, nos sumerge en las profundidades de los resortes del espíritu. Desde el punto de vista literario, es un tema privilegiado, por su dramatismo y profundidad. Desde el punto de vista de la teología, nos descubre con trazos vivos la verdad existencial de los misterios cristianos (Palabra, Gracia, Sacramentos, Iglesia). Desde el punto de vista de la evangelización, nos señala prioridades y nos sugiere formas de ofrecer el mensaje. Y siempre nos recuerdan la absoluta primacía de la gracia de Dios.

Hay conversiones más importantes y profundas, pero las que vamos a recordar aquí son las que nos han sido contadas. Tiene un gran interés que personas con vida intelectual nos lo cuenten. Porque son más capaces

de analizar y describir sus situaciones y evolución. Así su relato adquiere una fuerza, que es verdaderamente literaria, no por artificio, sino por la realidad que toca, que es profundamente humana. Los relatos de Newman, Edith Stein, Chesterton, García Morente y Lewis, siguen la huella trazada por San Agustín en sus Confesiones, y se convierten, ellos mismos, en grandes testimonios humanos y literarios y en caminos de conversión.

*El converso es un
antídoto contra la
mediocridad,
contra el
acostumbramiento,
contra la inercia
de las sociedades
sociológicamente
cristianas.*

El converso es un antídoto contra la mediocridad, contra el acostumbramiento, contra la inercia de las sociedades sociológicamente cristianas. El converso percibe la novedad, se da cuenta de la maravilla de la fe. Tiene la sensibilidad entera y despierta: lo ve todo junto, con ojos nuevos, no acostumbrados, con todos sus perfiles. Tiene capacidad de admirarse ante lo admirable. Está en una situación peculiar (que no resiste la naturaleza humana por mucho tiempo). Es un revulsivo para los cristianos acostumbrados. Nos presta ese extraordinario servicio. Abre un camino y su vida se convierte en un argumento, en una manera particularmente viva de mostrar la fe. (En cambio, para el converso, la mediocridad de lo que encuentra a su alrededor, la falta de entusiasmo en la fe, frecuentemente se convierte en una nueva prueba).

Unas observaciones previas bastante obvias

La palabra “conversión” (*metanoia*; en griego) tiene un sentido dinámico: significa un cambio de dirección; en sentido espiritual, un volverse hacia Dios. Lo contrario de la famosa definición de pecado atribuida a San Agustín: “aversio a Deo et conversio ad creaturas”: separarse de Dios para convertirse a las criaturas. Ahora se trata de apartarse de otras cosas y volverse para encontrar a Dios. Convertirse es encontrar el rostro de Dios, tal como nos ha sido revelado en Cristo, “Camino, verdad y vida” (Jn 14,6). Como desea la hermosa bendición israelita, “que el Señor te muestre su rostro” (Nm 6, 24-26).

Generalmente, cuando hablamos de conversiones, nos referimos a procesos de personas que llegan a la fe. Pero también existen conversiones morales. Una cosa es llegar a creer y otra transformar la vida. Siempre ha habido conversiones de personas que vivían alejadas y han sentido la llamada a seguir a Jesucristo de cerca (San Bernardo, San Francisco de Asís, B. Ramón Llull, Pico della Mirandola, S. Ignacio de Loyola, Pascal, Chateaubriand, los románticos alemanes Friedrich von Schlegel y Novalis). Se podrían citar infinidad de casos.



Las conversiones a la fe parten, obviamente, de una situación de increencia. Los protagonistas tienen que ser personas que se han apartado de la fe, o que pertenecen a grupos que tienen otra fe o ninguna. Esto no se produce de cualquier modo. Hay que tener en cuenta que el ser humano es un ser profundamente social. Aunque hoy esté de moda pensar que cada uno puede hacerse una fe a su medida, el hecho es que cada persona es muy dependiente de sus tradiciones y de las posiciones que existen en su ambiente. Ni se parte de cualquier sitio, ni se llega de cualquier modo.

Sólo con una gran honestidad y esfuerzo personal, y conducido por alguna manifestación de lo cristiano (y por la gracia de Dios), se consigue el grado de independencia necesario para convertirse.

Ordinariamente, sólo con una gran honestidad y esfuerzo personal, y conducido por alguna manifestación de lo cristiano (y por la gracia de Dios), se consigue el grado de independencia necesario para convertirse.

En la antigüedad, en la primera expansión del cristianismo, se dieron muchas conversiones de personas que procedían de otras religiones. Era un caso normal y estadísticamente frecuente, y lo siguió siendo durante varios siglos, cuando se convirtieron los pueblos de Europa. Durante el primer milenio, Europa se convirtió en un espacio cristiano, con escasas minorías religiosas (sobre todo, judíos y, en algún caso, musulmanes).

Desde la mitad del segundo milenio (s. XVI), el cristianismo se expandió hacia otras zonas geográficas y fueron evangelizados los pueblos americanos, africanos (subsaharianos) y asiáticos (Filipinas). Es una época misional, que después será continuada en África hasta bien entrado el siglo XX. En la misma mitad del siglo XVI se produjo también la ruptura de la unidad religiosa del occidente cristiano y aparecieron varias confesiones cristianas (anglicanos, luteranos, calvinistas, etc.), que después darían lugar a muchas otras al trasladarse a los Estados Unidos.

En un tercer momento, después de cien años de guerras religiosas y, en parte por cansancio de ellas, se desarrolló en Occidente un proceso de secularización, impulsado por una rama de la Ilustración (francesa y alemana). Por primera vez, surgieron formas sociales de increencia, con sus propias tradiciones, que se perpetúan. Desde entonces, hay familias y ambientes "laicos", refractarios, ajenos o críticos ante la fe: materialista-cientifista, republicano-laicista-liberal, socialistas y comunistas; y más modernamente, algunos grupos verdes, alternativos y libertarios.

En este marco debemos situar a los conversos del siglo XX. Y, en consecuencia los podemos dividir en cuatro tipos: los católicos que, por moti-

vos personales, han pedido la fe y la recuperan; los que proceden de una tradición "laica", atea o agnóstica; los que proceden de otras confesiones religiosas (luteranos, calvinistas, anglicanos, baptistas, metodistas, etc.); y los que proceden del judaísmo. Son casos muy distintos. Para aquellos que han perdido la fe, se trata de un redescubrimiento de la fe, recuperada de una forma quizá nueva y especialmente viva. Para los que proceden del agnosticismo o del ateísmo, la fe les proporciona el sentido global de la vida y la descubren como una inmensa luz. En el caso de los que proceden de otras confesiones cristianas, se trata de una recuperación de la unión original de la Iglesia, y frecuentemente, la sienten como un volver a casa, sin que tengan que separarse de lo auténticamente cristiano que ya han vivido. En el caso de los que proceden del judaísmo, si han tenido formación religiosa, perciben la relación entre el Antiguo y Testamento y recorren un camino semejante al que recorrieron los primeros cristianos al encontrar a Cristo y reconocerlo como el Mesías esperado por Israel.

Dicho sea de paso, el grupo de intelectuales judíos conversos tiene una particular importancia, por su número y calidad cultural. En general, proceden de un judaísmo ilustrado, no confesante ni practicante, y es más raro el caso contrario (Zolli, Lustiger). Para entender la situación judía en Europa, hay que recordar que, desde principios del XIX, se desarrolla un proceso de emancipación de las minorías judías europeas. Este proceso, a la vez que supone la integración política y civil, produce una pérdida de raíces y de identidad religiosa. La minoría judía, en una segunda o tercera generación, adinerada, culta y poco practicante tiende a la asimilación cultural, especialmente en muchos lugares de Centroeuropa (Prusia y el Imperio Austrohúngaro, y en menor medida, Holanda, Francia e Italia). Desde finales de siglo XIX, muchos judíos germánicos se convirtieron al cristianismo (especialmente, luterano), entendiendo el bautismo como una especie de pasaporte social (Heine). Pero también se producen verdaderas y hondas conversiones intelectuales, en la medida en que descubren realmente la vida cristiana.

2. PANORÁMICA GENERAL ANTES DEL CONCILIO VATICANO II

Sin ningún ánimo de exhaustividad, vamos a hacer un repaso de algunos conversos que han tenido mayor impacto cultural. Nos limitaremos al área occidental. Sin olvidar nunca que la Iglesia está muy viva y crece en otras áreas geográficas, como Corea, el África subsahariana, la India, China o Taiwan. Donde también son frecuentes las conversiones, incluidas conversiones de intelectuales.

Nuestro objetivo es trazar una panorámica, que nos permita identificar un poco las dimensiones de este fenómeno. Vamos a agrupar a los conversos por áreas lingüísticas. Se trata de un criterio algo arbitrario, pero nos permitirá ordenarlos según una cierta homogeneidad cultural. Son individualidades que no siempre es posible conectar entre sí, como si formarían una red o una secuencia. Lo más característico de una conversión es lo que tiene de relación personal con Dios, cosa que difícilmente se somete a clasificaciones. En todo caso, dividiremos la exposición en dos periodos: la “primera mitad” de siglo (que hacemos llegar hasta la preparación del Concilio Vaticano II; y la “segunda mitad”, a partir de los años sesenta.

1) La veta francesa

La primera mitad del siglo XX significa en Francia un gran crecimiento de la presencia cristiana. Aunque esto no quiere decir que sea un crecimiento general, o que se hayan resuelto las dificultades culturales arrastradas desde la Revolución francesa y la instauración de un régimen republicano de fuerte sesgo laicista. Las bases se pusieron en el siglo XIX y deben mucho a un converso, el P. Lacordaire, refundador de los dominicos en Francia, después de que esta orden de tanto arraigo hubiera sido suprimida por la Revolución. La actividad del P. Lacordaire fructificará ampliamente en el siglo XX, en una pléyade de grandes dominicos intelectuales. Aunque también es notable el florecimiento de muchas otras órdenes y congregaciones. Como muestra del vigor intelectual, se pueden señalar un notable conjunto de obras enciclopédicas, además de una infinidad de revistas, una muy consistente actividad editorial y muchas personalidades competentes.

El clima del que proceden estos conversos es casi siempre el republicanismo radical francés, más o menos teñido de socialismo, según los casos

En ese clima de vigor intelectual y espiritual, se producen algunas conversiones de enorme y permanente impacto. Basta pensar en los poetas Charles Péguy o Paul Claudel; y en los pensadores como el matrimonio Maritain (Jacques y Raissa) y Gabriel Marcel. Es difícil exagerar la importancia que tienen estos cinco personajes dentro de la cultura católica francesa de la primera mitad de siglo. Tanto por su actividad como escritores, como por sus contactos con muchas otras personas a las que ayudan en el camino de la fe.

Pero también hay novelistas y dramaturgos (Leon Bloy, Charles du Bos, Jean Cocteau, Huysmans, Julien Green); científicos (Alexis Carrel,

Pierre Lecomte du Noüy); y militares (Charles de Foucault). Más adelante se puede señalar la conversión del cardenal Lustiger, que fue arzobispo de París y procedía del judaísmo.

El clima del que proceden estos conversos es casi siempre el republicanismo radical francés, más o menos teñido de socialismo, según los casos. Son hijos tardíos de la ilustración laicista y anticlerical, que domina la mentalidad y las estructuras del Estado, y, de manera especial, la educación oficial, en los liceos y en las universidades. Como testimonio de toda una época de conversiones, quedan los volúmenes de *Convertis du 20 siècle*, que editó Casterman, en los años cincuenta. En breves artículos se narran muchas conversiones de gran interés.

2) La veta anglosajona

Los cincuenta primeros años del siglo XX son muy importantes para la historia de la Iglesia católica en Inglaterra. Está dando sus primeros pasos desde el cisma provocado por Enrique VIII. A lo largo del siglo XIX el Estado ha suprimido progresivamente las leyes discriminatorias que existían contra los católicos. Se ha establecido la jerarquía católica y están creciendo todas sus instituciones con notable vigor. Por contraste, el anglicanismo padece una crisis doctrinal y espiritual que le lleva hacia posturas cada vez más liberales y menos confesantes. Se puede decir que el proceso ha seguido prácticamente igual hasta nuestros días, originando un constante flujo de recepciones en la Iglesia católica.

En este contexto, tiene una gran importancia el “movimiento de Oxford”, que es un intento, nacido en el seno de la Universidad de Oxford, para recuperar la identidad espiritual de la Iglesia anglicana. Supone un renacimiento en el terreno de los estudios doctrinales, de la práctica litúrgica y sacramental y de la devoción cristiana. Pero no consigue vencer los obstáculos interiores: por eso, una parte importante de sus miembros pasarán a la Iglesia Católica (Newman), mientras otros permanecen anglicanos (Keble), reforzando su corriente anglocatólica hasta el final del siglo XX. A finales del XX, en la medida en que la Iglesia anglicana pierde su identidad (y cambia la disciplina en relación a la ordenación de mujeres, divorcio y homosexualidad), este sector pasa poco a poco a la Iglesia católica; como sucede con el antiguo Obispo anglicano de Londres, Mons. Graham Leonard, que es el caso más notable.

El movimiento de Oxford tiene un prolongado eco (lo contará Ch. Dawson, gran historiador y también converso). Evidentemente, la figura más relevante es el cardenal Newman, quien, al ser obligado a justificar su conversión escribe, probablemente, el relato más famoso que existe

sobre una conversión, después de Las confesiones de San Agustín (*Apología pro vita sua*).

La figura de Newman se puede vincular a otros dos grandes conversos que nos han dejado también espléndidos relatos de sus itinerarios espirituales: G. K. Chesterton (Ortodoxia, Autobiografía), ensayista y columnista, lleno de simpatía y vitalidad. Y C. S. Lewis (Cautivado por la alegría), inteligente ensayista y profesor de literatura en Oxford y Cambridge, aunque su conversión es a la fe cristiana (dentro de un cierto anglocatolicismo). Son conversiones, preciosamente narradas, verdaderas obras maestras de la literatura. Se han convertido, ellas mismas, en camino de conversión, con un permanente impacto dentro del mundo anglosajón.

Además, hay notables conversiones al catolicismo entre clérigos anglicanos intelectuales (Hugh Benson, Ronald Knox, que llegarán a ser capellanes de Cambridge y Oxford), novelistas (Evelyn Waugh, Graham Greene, Muriel Spark) poetas (Gerard M. Hopkins, Edith Sitwell); incluso notables actores (Sir Alec Guinness). Y, aunque la conversión haya sido más tardía (e influenciada por la personalidad de Juan Pablo II y de la Madre Teresa de Calcuta), debido a su largo itinerario, se podría añadir aquí la del periodista, presentador y ensayista Malcolm Muggeridge. De todas ellas nos quedan interesantes testimonios. En su día, también tuvo impacto el acercamiento de Thomas S. Eliot a la Iglesia anglicana, en su versión anglocatólica. Todo este ambiente está maravillosamente narrado por Joseph Pearce, Escritores conversos. La inspiración espiritual en una época de incredulidad

Este movimiento tiene un amplio impacto al otro lado del Atlántico, donde los tres autores (Newman, Chesterton, Lewis) marcan el itinerario de muchos otros conversos al catolicismo. También se producen algunas conversiones de mucho impacto literario, como la del trapense Thomas Merton (La montaña de los siete círculos), y de la activista obrera Dorothy Day. Incluso de un actor tan famoso como Gary Cooper, aunque sólo nos queden algunos testimonios de amigos suyos. Esta veta (Newman, Chesterton, Lewis) ha seguido viva hasta nuestros días, a pesar de las vicisitudes históricas. El mundo americano merecería por sí solo un estudio, teniendo en cuenta su honda tradición de *revivals* religiosos. El catolicismo ha tenido una presencia creciente. Y los testimonios de conversos son muy numerosos. Se puede encontrar, entre otros, el breve relato del cardenal jesuita Avery Dulles, hijo de un Secretario de Estado norteamericano.

3) La veta germánica

Tras la primera guerra mundial, se produce en Alemania (y Austria) una convulsión política y cultural, que también tiene un fuerte efecto espiritual. Hay una crisis de identidad y de sentido que mueve todas las preguntas. Las conversiones más importantes se producen desde el luteranismo, desde una tradición ilustrada laicista (kantiana y ghoetiana), y desde el judaísmo, generalmente no confesante.

Merece la pena recordar a dos grandes profesores de Sagrada Escritura luteranos, Erik Peterson y Heinrich Schlier que se integraron en la Iglesia católica. También cabe recordar a pensadores como Peter Wust, que recupera la fe, y a Theodor Haecker, que, impresionado por la figura de Newman (y de Kierkegaard) viene desde el luteranismo. Pero el grupo más interesante, desde el punto de vista intelectual, es el que rodeó a Husserl en Gotinga: los primeros discípulos de la fenomenología, el Círculo de Gotinga.

La fenomenología propiciaba una gran apertura a las cosas y obligaba a poner cuidado en evitar los prejuicios. Esto hizo que entre los fenomenólogos de la primera hora se diera algo así como un esfuerzo de sinceridad, una apertura ante los misterios de la realidad, que los hizo abiertos y respetuosos ante las realidades del espíritu. De este modo, pudieron escuchar las distintas voces del mensaje cristiano. Muchos de ellos, procedentes de un judaísmo apenas practicante, se convirtieron sinceramente al cristianismo luterano (Von Reinach) o católico (E. Stein, Von Hildebrand; y Max Scheler que, después de varias oscilaciones, acabaría fuera de la Iglesia). Son muy importantes los testimonios de la conversión de Edith Stein, en sus escritos biográficos; y los de Von Hildebrand, cuyas memorias todavía no se han publicado (pero existe una agradable biografía escrita por su esposa Alice).

Tras la primera guerra mundial, se produce en Alemania (y Austria) una convulsión política y cultural, que también tiene un fuerte efecto espiritual.

En el ámbito de la literatura alemana, merece la pena recordar a Gertrud von Le fort (antes luterana); y Alfred Döblin (antes judío); (también a Franz Werfel, checo, de cultura alemana, que estaría siempre a las puertas). Después, el dominio nazi y la Segunda Guerra mundial producirán una amarga crisis en la conciencia alemana, con un alto grado de problematización, que afecta también a los intelectuales cristianos (Heinrich Böll). Y se agudizará, mezclándose con problemas doctrinales (y también con el "complejo antirromano"), produciendo una situación



difícil. Con todo, después de una dilatada vida narrada en sus diarios, hay que notar también la conversión del casi centenario Ernst Jünger, premio Nobel de Literatura.

4) La veta hispánica

En España o, más en general, en el ámbito de habla española, no tenemos muchos grandes relatos de conversión. En parte, por que el clima general es católico y las conversiones pueden suscitar menos impacto. En parte también porque se realizan de una manera progresiva. En nuestro ámbito escasean las grandes conversiones intelectuales, aunque sean frecuentes las conversiones de intelectuales. Pues, en efecto ha sido frecuente el caso de pensadores laicistas, bautizados en su infancia, que, por la influencia de una esposa practicante, con la edad, se reconcilian con la Iglesia.

En nuestro ámbito escasean las grandes conversiones intelectuales, aunque sean frecuentes las conversiones de intelectuales.

Aparte del caso singular de Donoso Cortés en el XIX, en la primera mitad del veinte, nos encontramos con algunos casos notables. Quizá el más interesante, desde el punto de vista intelectual, es el de Manuel García Morente, amigo y colaborador de Ortega, Decano de la primera facultad de filosofía de la Universidad Central de Madrid. Gran intelectual que deja un estupendo relato de su conversión (El hecho extraordinario), que podría ponerse dentro del grupo de los grandes relatos, junto a los de Chesterton o Lewis.

También se puede destacar el caso de la novelista Carmen Laforet, autora de una famosa novela premiada (Nada), que refleja el vacío existencial y de una segunda novela, de menos éxito, pero donde se reflejan aspectos de su conversión (La mujer nueva). Y el de la poetisa Ernestina de Champourcin, conversa durante su exilio en México, después de la Guerra Civil. Además, en el ambiente de la guerra civil, se puede añadir la conversión de Ramiro de Maeztu. Posteriormente, los libros-entrevistas de José M^a Gironella, 100 españoles y Dios; y Nuevos 100 españoles y Dios, permiten reconocer otros rastros e impactos varios.

5) Otras vetas

Hay más por supuesto, que los que hemos visto. Podríamos incluir, por ejemplo, a la historiadora holandesa Cornelia J. de Vogel. A la novelista sueca y premio Nóbel, Sigrid Undset. En Italia, es notable el caso de Israel Zolli (Zoller), rabino de la Sinagoga de Roma, que se hizo católico

tras la segunda guerra mundial. Y del escritor Giovanni Papini. En Canadá, el psiquiatra K. Stern, que dejó un estupendo testimonio, además de una honda influencia intelectual.

3. SITUACIÓN POSCONCILIAR: UNA NUEVA GENERACIÓN

El proceso intelectual de la primera mitad de siglo termina bruscamente en el ambiente que se crea alrededor del Concilio Vaticano II. El Concilio es uno de los grandes hitos de la historia de la Iglesia. Supuso un fermento y una gran renovación cristiana. Acogió muchas de las perspectivas que procedían de los conversos que hemos citado (Newman, Marcel, Maritain). E inauguró una época de nueva evangelización en la que todavía nos encontramos y que ha sido relanzada por el Papa Juan Pablo II.

Inauguró una época de nueva evangelización en la que todavía nos encontramos y que ha sido relanzada por el Papa Juan Pablo II.

El Concilio quería abrirse al mundo e iniciar una nueva evangelización, con un diálogo más vibrante, que es un proyecto para siglos. Sin embargo, la renovación eclesial fue unida a una grave crisis, que se desató de forma colateral e inesperada. Y produjo sentimientos de inseguridad, desafección, pérdida de entusiasmo evangelizador. Esta crisis posconciliar, mezclada con muchos factores culturales ambientales, ha durado casi hasta la última década del siglo XX, pero truncó los procesos intelectuales que estaban en curso.

El vigor intelectual y moral del Pontificado de Juan Pablo II provocó un vibrante despertar cultural cristiano, que conecta y recupera a muchos de estos autores que hoy podemos considerar como clásicos del pensamiento cristiano. En todo este periodo, hay que notar algunas conversiones importantes, que vamos a repasar rápidamente.

En Rusia, un cierto sector de la "Intelligentsia", muy desengañado de las ofertas de la ideología comunista, redescubrió sus raíces cristianas (y ortodoxas). Se vio rebrotar el carisma del viejo cristianismo del pueblo ruso. Tenemos el precedente, en el XIX, de la conversión moral de Dostoievsky (y en parte, también, de Soloviev). Dostoievsky sufrió una honda transformación espiritual mientras estaba deportado en Siberia, en lo que él interpretó como un profundo encuentro con las honduras del alma rusa. Un proceso paralelo se observa en la conversión de Alexander Solzhenitsyn, premio Nobel de Literatura y desvelador del Archipiélago Gulaj. También hay que notar los testimonios de Tatiana Goricheva, que



narra su propia conversión y refleja un ambiente de recuperación de lo cristiano entre algunas minorías intelectuales, antes de la caída del muro de Berlín.

En los Estados Unidos, en medio de una crisis religiosa de considerables proporciones, hay que notar las conversiones de algunos intelectuales como los pastores Richard John Neuhaus (luterano) y Scott Hahn y su mujer, Kimberly (presbiterianos), que han dejado espléndidos relatos. Destacan también las de Mortimer Adler (muchos años Chairman de la Britannica y filósofo humanista) y E. F. Schumacher (economista mundialmente famoso por su libro *Lo pequeño es hermoso*). También es notable, y está bien narrada, la conversión del Dr. Bernard Nathanson, famoso médico abortista. Pero el fenómeno es mucho mayor. Se puede decir que Estados Unidos, en medio de sus problemas, vive en estos decenios un nuevo revival cristiano. Y desde el punto de vista católico ha tenido una enorme influencia cultural el pontificado de Juan Pablo II. Los testimonios son muy abundantes. A hacerse católico se le llama "cruzar el Tíver" o "volver a Roma". La crisis del luteranismo tradicional ha producido importantes trasvases hacia el catolicismo (Leonard Klein, Robert Wilken), pero también hacia la Iglesia ortodoxa, que vive un momento de gran vitalidad en Estados Unidos (Jaroslav Pelikan).

En Italia, destaca la conversión del periodista y ensayista Vittorio Messori, de tradición comunista (aunque no la ha contado todavía pormenorizadamente). La del empresario Leonardo Mondadori, de tradición laicista, que sí nos la ha contado (*La conversión*). Y la de Alessandra Borguense, heredera joven de un ilustre apellido, que también ha hecho un hermoso relato (*Con ojos nuevos*). Tiene también interés el testimonio de Domenico del Rio, religioso que abandonó el sacerdocio, convirtiéndose en "vaticanista" y recuperó la fe al seguir el pontificado de Juan Pablo II. Lo cuenta en su última biografía de Juan Pablo II.

En Francia, hay que señalar recientemente la recepción del pastor luterano Michel Viot, que dirigía el luteranismo francés. En los países nórdicos también se han integrado en la Iglesia católica varios pastores luteranos, como Ola Tjorhom, especialista en ecumenismo. Y la diplomática, también noruega, Janne Haaland Matlary (*El amor escondido. La búsqueda del sentido de la vida*). En Alemania, hay que notar el testimonio del periodista Peter Seewald, que hizo dos libros entrevistas del cardenal Ratzinger, y cuenta cómo recuperó la fe (*Cuando comencé a pensar de nuevo en Dios*).

Al acercarnos a las últimas décadas del siglo XX, nos encontramos además con el vigor de nuevas realidades eclesiales, que han surgido a lo largo del siglo XX y que se orientan, de manera especial a la formación y acción apostólica de los laicos: El Opus Dei, Camino Neocatecumenal, Comunión y Liberación, movimiento de los Focolares, etc. Aunque tienen muy distintas configuraciones canónicas y espiritualidad, coinciden en ser fenómenos de gran vigor apostólico; y han suscitado una gran cantidad de conversiones. Tanto de católicos que recuperan una fe viva (que quizá nunca tuvieron), como de miembros de otras confesiones religiosas o de ateos. Pocas de ellas han sido vertidas en literatura, aunque los testimonios menores son muy abundantes.

4. ANÁLISIS Y CONCLUSIONES

Análisis

Volvamos a los procesos descritos, ¿qué podemos obtener de ellos? ¿cabe sacar alguna conclusión? ¿se puede establecer alguna regla? No parece fácil debido a su gran diversidad. Hay procesos repentinos y otros largos. Paul Claudel cae de rodillas al escuchar las vísperas de Navidad en la Catedral de Notre Dame de París. Frossard entra en una capilla con el Santísimo expuesto, y adquiere la convicción de que el Señor está allí. A los Maritain, los acerca a la fe un escritor entusiasta, converso y extraño como Leon Bloy.

C. S. Lewis procede de un largo itinerario intelectual en el que colaboran lecturas y amigos. Manuel García Morente, en cambio, sufre un proceso rápido, donde los argumentos se le acumulan en una noche, en parte sugeridos por una audición musical en la radio (*L'enfance de Jesus*, de Berlioz). A Edith Stein, le decide un encuentro con la vida de Santa Teresa, leída compulsivamente durante una noche.

El actor Alec Guinness cae en la cuenta de lo que significa la Iglesia católica cuando, en el descanso de una filmación, da un paseo vestido con sotana y se encuentra con un niño que, sin conocerle de nada, le coge de la mano y le empieza a hablar con toda confianza. Tatiana Goritcheva se encuentra con el cristianismo al repasar un libro de Yoga, en el que se recomendaba repetir, entre otras "mantras", el Padrenuestro. A Solzhenitsyn, le lleva a la fe el testimonio ejemplar de algunos amigos en prisión y la intuición de lo que eran las raíces espirituales de Rusia. A Scott Hahn, le lleva del luteranismo al catolicismo, la investigación sobre la propia Biblia.

Fuera de algunas características comunes obvias, no parece haber nada más. Cuando nos ponemos a analizar el fenómeno, nos encontramos con dos protagonistas: Dios y un ser humano. Además, está el decorado de fondo que son las circunstancias históricas y culturales en que se mueve cada converso. La conversión es un encuentro entre un hombre que busca o que está abierto al misterio, y Dios que se hace presente. Pero

Cuando nos ponemos a analizar el fenómeno, nos encontramos con dos protagonistas: Dios y un ser humano.

Dios se puede hacer presente de muchas formas, a través del decorado (de destellos cristianos presentes en la cultura ambiental) o bien a través del testimonio de otras personas.

Bien sea de un modo o de otro, los conversos descubren providencialmente algún signo de la trascendencia. Como Verdad que les ofrece sentido y seguridad intelectual. Como Belleza que entusiasma, percibida en la misma doctrina, en la armonía del mundo o en la celebración litúrgica. Como Bondad que conmueve, al entrar en contacto con el sorprendente esplendor de la caridad. La elevación moral de los santos, especialmente, el testimonio de la caridad despierta la admiración de la gente honesta, que se siente atraída, y ve confirmadas y realizadas en ellos sus intuiciones interiores.

El cristianismo ofrece metas a las que aspira naturalmente el corazón humano, sobre todo en la medida en que es honesto. Ofrece una relación personal, con un Dios Padre, que realiza el deseo de amar y de ser amado; ofrece una familia y un clima espiritual (la Iglesia); ofrece también salvación y consuelo ante el dolor y la muerte. Y, además nutre la esperanza en un más allá, que promete la pervivencia y la plenitud personal, el reencuentro con los seres queridos, y la superación de las dolorosas heridas del mal y la injusticia en el mundo.

El que la conversión sea vivida como una enorme convulsión espiritual o el que sea repentina puede darle un tono excepcional, como en los casos que hemos repasado; y sin embargo, como decíamos al principio, el anuncio cristiano es, en sí mismo, una invitación a la conversión, tanto para los que no son cristianos como para los que lo somos. Es decir, que no considera la conversión como algo excepcional, para unos privilegiados que lo descubren, sino que es una llamada universal que responde a la vocación más profunda del hombre: “convertíos y haced penitencia”. Todos los seres humanos estamos hechos para recibir este mensaje de salvación, que responde a nuestros anhelos más auténticos.

Por eso, en el fondo, la pregunta no es ¿por qué se han convertido unos pocos?, sino más bien ¿por qué no se convierten todos? Si queremos plantear bien la cuestión, es preciso darle la vuelta. Es verdad que algunos han tenido la suerte de percibir la luz y convertirse. Pero ¿por qué la luz no llega a todos? ¿Por qué las conversiones son, en el fondo, un fenómeno minoritario?

El anuncio cristiano es, en sí mismo, una invitación a la conversión, tanto para los que no son cristianos como para los que lo somos.

Conclusión: La luz en las tinieblas

1. La difusión de la fe sigue caminos humanos. Esto es una sorpresa. Pero pertenece al misterio de la salvación. La Encarnación no pudo ser en todas partes. Tuvo un momento y un lugar. Tampoco la Evangelización, aunque nació con una vocación universal (“id y predicad a todas las gentes”) se hace de un golpe. Se expandió, con esfuerzo y poco a poco, desde la primera comunidad de cristianos que rodeó al Señor y a los Apóstoles. Y siguió los cauces por los que se comunican los mensajes humanos: en primer lugar, por el testimonio personal de los cristianos. Sigue siendo verdad el reclamo de San Pablo: “¿Cómo creerán si no oyen hablar de él? ¿Y cómo oirán si no hay alguien que predique? ¿Y cómo predicarán si no han enviados? Según está escrito: ‘Qué hermosos los pies de los que anuncian la Buena Nueva’” (Rm 10, 14-15). Además, el mensaje cristiano, al encarnarse en la cultura, deja también muchos destellos de luz en las obras de pensamiento, de literatura, de arte, que son llamadas de la verdad.

2. El antitestimonio cristiano. Los cristianos somos, a la vez, luz y sombra. Es una dificultad importante para que la luz brille. Con nuestras vidas poco ejemplares, poco cristianas, hacemos mucho humo. Indudablemente no estamos a la altura del mensaje que llevamos. Con frecuencia, los cristianos estamos acostumbrados al cristianismo y los que no son cristianos están acostumbrados a no ver en nosotros nada extraordinario: Nietzsche bromeaba: “me gustaría que los testigos tuvieran más pinta de haber sido salvados”. Este hiato entre lo que es y lo que debería ser, es, para los cristianos, un motivo de humildad y también una invitación a una mayor intensidad espiritual. Por motivos históricos y culturales, también por importantes prejuicios, nuestros contemporáneos tienen dificultades para encontrar suficientemente atractivas nuestras vidas o la historia de la Iglesia. Pero los que encuentran en esto una excusa para no convertirse, no conocen bien ni las cosas humanas ni las cosas de Dios.

3. Los anticuerpos de la verdad. Si el mensaje no brilla como debería o no tiene el impacto deseado, se debe también a prejuicios consistentes y



muy arraigados. Son el fruto de una tradición ilustrada y crítica, que ha pretendido justificarse y crear un mundo al margen del cristiano. Desde hace dos siglos, hay una dialéctica muy perseverante en todos los países tradicionalmente cristianos (Italia, Francia, Bélgica, España, países latinoamericanos), que acumula argumentos contra el cristianismo (sobre todo, la Iglesia) o mantiene vivos los de siempre (Cruzadas, Galileo, Inquisición, Conquista de América). Es un mundo laico, que se defiende así, como por instinto, de la fuerza vital del cristianismo. Esta crítica oscurece mucho la luz de la fe presente en el mundo, actúa como un verdadero anticuerpo de la verdad, y crea verdaderas costras culturales, que intentan impedir el paso de la luz.

4. Una nueva evangelización. Con todo, la verdad tiene sus caminos. Y, en tierras cristianas, como la nuestra, la cultura está sembrada de destellos de la verdad cristiana. Sobre la relación entre el cristianismo y el laicismo planea todavía el espectro de la Guerra Civil. Algunos pueden pensar que no hay otro modo de tratarlo que el de una oposición en dos frentes. Pero no es así. Estamos en condiciones de lanzar un diálogo evangelizador, que necesita una mayor conciencia de lo que se ofrece, y una mayor osadía y entusiasmo en el modo de ofrecerlo. En un medio cultural donde ya se han producido casi todas las transgresiones, es preciso provocar una nueva transgresión, pero esta vez reparadora. La transgresión cristiana consiste en hacer brillar la luz en las tinieblas. Con el lenguaje de la verdad (en una doctrina que ilumina), con el lenguaje del bien (el testimonio de la caridad), con el lenguaje de la belleza (en la liturgia y el arte cristianos). En una cultura mediatizada por los medios de comunicación, hay que hacer patentes, también por este medio, las ideas, el testimonio moral y el espectáculo (la celebración) de la fe cristiana.

5. BIBLIOGRAFÍA

Con carácter general

Existen varias colecciones de testimonios o relatos de conversiones, especialmente, de la primer mitad de siglo. Por ejemplo, S. Lamping, *Hombres que vuelven a la Iglesia*, Ediciones y publicaciones españolas, Madrid 1954; *Testimonios de la fe. Relatos de conversiones*. Ed. de M. Nédoncelle y R. Girault, Rialp, Madrid 1953 (*J'ai rencontré le Dieu vivant*, *Révue des jeunes*, París 1952). Este volumen va precedido de un importante estudio preliminar de M. Nédoncelle.

Son muy famosos los testimonios recogidos por F. Lelotte, *Convertis du XX siècle*, Casterman, 6 vols., Paris –Tournai 1950-1960, publicados antes en forma de folletos. Esta colección ha merecido una tesis. D. Tourneux-Raymond, *Le phénomène de la conversion au catholicisme d'après la collection "Convertis du XXè siècle" (1951-1961)* publiée sous la direction de Fernand Lelotte et dans la littérature religieuse des années 1950, Univ. Paris XII, 1991. También del ámbito francés, señalamos el trabajo de F. Gugelot, *Conversions au catholicisme en milieu intellectuel 1880-1930*. Univ. Lyon II, 1991, 95p.

Se pueden encontrar interesantes análisis literarios y de conjunto en la famosa obra de Charles Moeller, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, 6 vols., Gredos, Madrid. Nos interesan especialmente los artículos sobre Graham Green, Gabriel Marcel, Sigrid Undset, entre otros. Además, C. Pujol, *Siete escritores conversos*, Palabra, Madrid 1994, recoge testimonios de escritores conversos (Joseph Joubert, G.M. Hopkins, Léon Bloy, G.K. Chesterton, Max Jacob, Edith Sitwell y Evelyn Waugh).

J. M. Österreicher, *Siete filósofos judíos encuentran a Cristo*, Aguilar, Madrid 1961 (tit. or. *Walls Are Crumbling*, Devin-Adair, New York, 1952). Se centra más en el área alemana y recoge varios testimonios de fenomenólogos (Husserl, Von Reinach, Max Scheler y E. Stein, aunque también Max Picard, Maritain y Bergson). Mons. Österreicher –él mismo converso del judaísmo- tenía información de primera mano sobre el ambiente de la primera fenomenología. También son interesante los estudios de Jacques Vidal, *Phénoménologie et Conversions*, en «Archives de Philosophie», 35 (1972), 209-243; y los artículos panorámicos de A. Pintor Ramos, *Vicisitudes del Movimiento fenomenológico alemán*, en «Naturaleza y Gracia», 18 (1971), 367-411.

Procedente del ámbito norteamericano, destaca 24 *Aventuras del alma. Veinticuatro experiencias personales*, Palabra, Madrid 1993. Forma parte de un tipo de literatura apologética hoy muy abundante en EE. UU. Se puede consultar fácilmente en Amazon. En este libro, llama la atención el enorme influjo de Newman, Chesterton y, en particular, Lewis en los procesos de conversión, sobre todo de intelectuales.

Recientemente, destaca la serie de biografías y trabajos emprendidas por Josef Pearce, él mismo converso. Comenzó por una estupenda biografía de G. K. Chesterton (Encuentro 1998), y ha seguido publicando otras sobre Sholzhenitsyn, Wilde, Hilaire Belloc, C. S. Lewis (también, sobre Tolkien), que han sido traducidas. Además, hay que destacar un



magnífico libro de conjunto *Escritores conversos. La inspiración espiritual en una época de incredulidad*, Palabra, Madrid 2006 (Litteray Converts, Ignatius Press, NY 2002). En la misma línea, Ch. Connor, *Classic Catholic Converts*, Ignatius Press, NY 2003.

Hay algunas biografías de conversos que tienen gran fuerza. Por ejemplo, J. P. Six, *Itinerario espiritual de Carlos de Foucauld*, Herder, Barcelona 1998. Y, la de A. Von Hildebrand, *Alma de león. Biografía de Dietrich von Hildebrand*, Palabra, Madrid 2001, entre otras muchas.

Algunos testimonios autobiográficos

- San Agustín, *Confesiones*
- J. H. Newman, *Apologia pro vita sua*, Encuentro, Madrid 1997
- Eugenio (Israel) Zolli, *Mi encuentro con Cristo*, Rialp Madrid 1947
- G. K. Chesterton,
 - Autobiografía*
 - Ortodoxia*
- Raïssa Maritain, *Les grands amitiés*, Desclée, París 1949
- Jean Cocteau, *Lettre a Jacques Maritain* (1926)
- Edith Stein, *Autobiografía*, (tit. or. *Aus dem Leben einer jüdischer Familien*), traducido como *Estrellas Amarillas*, Ed. de Espiritualidad, Madrid 1992 también en el vol. I de sus *Obras Completas*, Madrid 2002.
- C. S. Lewis, *Cautivado por la alegría*, Encuentro, Madrid 1002
- Manuel García Morente, *El hecho extraordinario*, Rialp, Madrid 1996
- Alexis Carrel, *Viaje a Lourdes*, Iberia, Madrid 1970
- P. Nagai, *Les cloches de Nagasaki*, Casterman, París 1953
- K. Stern, *Le Buisson Ardent*, Ed. du Seuil, París 1951
- A. Frossard, *Dios existe y yo me lo encontré*, Rialp 2001
- Tatiana Goricheva:
 - Nosotros soviéticos conversos*, Ed. Encuentro, Madrid 1986
 - Hablar de Dios resulta peligroso*, Herder, Barcelona 1988
- Thomas Merton, *La montaña de los siete círculos*, Edhasa, Madrid 1981
- Alec Guinness, *Memorias*, Espasa Calpe, Madrid 1987
- Dorothy Day, *La larga soledad. Autobiografía*, Sal Terrae, Santander 2000.
- Scott y Kimberly Hahn, *Roma, dulce hogar*, Rialp, Madrid 2003
- J. M. Lustiger, *La elección de Dios*, Planeta, Madrid 1989
- Malcolm Muggeridge, *Conversión: un viaje espiritual*, Rialp, Madrid 1991 (*Confessions of a 20th-Century Pilgrim*, Harper & Row, San Francisco 1988)
- Bernard Nathanson, *Autobiografía y conversión*, Palabra, Madrid 1997
- Richard John Neuhaus, *How I became the Catholic I was* (texto de la revista *First Things*, en Internet)

- Janne Haaland Matláy, *El amor escondido: la búsqueda del sentido de la vida*, Belacqua, Barcelona 2002.
- L. Mondadori y V. Messori, *La conversión: una historia personal*, Grijalbo, Barcelona 2004.
- Alessandra Borghese, *Con ojos nuevos*, Palabra, Madrid 2006
- Peter Seewald, *Mi vuelta a Dios. Cuando comencé a pensar de nuevo en Dios*, Palabra, Madrid



